

## SERIE CRONOLOGICA DE LOS OBISPOS DE QUITO,

DESDE SU ERECCION EN OBISPADO Y ALGUNOS SUCESOS NOTABLES EN  
ESTA CIUDAD. AÑO DE 1845 Y SIGUIENTES

(Continuación. = V. el nº 66, pág. 60)

### OBISPO VIGÉSIMO QUINTO

El Ilustrísimo Sr. Dr. D. Leonardo Santander y Villavicencio, natural de Sevilla, en donde fué capellán de Capuchinos; promovido á racionero de Yucatán el año de 1816, y trasladado á la puebla de los Ángeles, por oposición á la Canonjía Magistral; vino á Quito de Obispo el año de 1819. Fué acérrimo enemigo de la independencia de América. Predicó mucho contra la causa, é influyó poderosamente en favor del Rey todo el tiempo que gobernó su Diócesis. Regresó á España en 1822 por el mes de agosto á consecuencia de no haber querido jurar la Constitución colombiana, y por no sujetarse al sistema republicano. En España obtuvo interinariamente y para su subsistencia el Obispado de Jaca, donde murió el 15 de diciembre de 1828, por cuyo fallecimiento se proveyó la Mitra en el Sr. Laso de la Vega.

En este año de 819, á consecuencia del triunfo de Bolívar en el Pantano de Vargas y Boyacá, y de los esfuerzos de Santander, Ansuátegui, Sublette, Donato, Pérez y otros, Santafé restableció su libertad perdida, y quedaron así por la patria las provincias de Tunja, del Socorro, Pamplona, Mariquita, Neiva, Veles, una gran parte de la de Popayán, todo el Chocó y Antioquia; y

por el dominio del Rey, las de Cartagena, Santa Marta, Ríohacha, el Istmo de Panamá, y Quito. Entre tanto Samano emigraba para Cartagena, y Calsada para Popayán.

Quito se había conservado en calma, esperando como dijimos antes los resultados de la guerra del Norte, y dispuesto á cooperar por su parte cuando se le presentase la ocasión, que según estas noticias debía no estar distante, y se lisonjeaba con esta bella esperanza, así como también con las que vinieron del Perú, lo que ocasionó que el Presidente Ramírez marchase á ponerse á la cabeza de las tropas del Rey que habían sufrido algunos descalabros. Quedó Aymerit en su lugar con el grado de Teniente General, quien sabiendo el mal estado de la causa del Rey, y por su propia imbecilidad y torpeza, empezó á conceder á los militares toda clase de licencias, con las que pusieron el país en tal estado de opresión y despecho, que públicamente y sin rebozo marchaban los patriotas á Guayaquil y la costa con el fin de incorporarse con las tropas de Santafé que ocupaban ya el valle del Cauca. Aymerit publicaba diariamente bandos comunicando noticias muy lisonjeras del buen estado y progreso de las tropas de Murillo que estaban al Norte de Colombia, y de las de Calsada en Popayán, con el fin de aquietar los ánimos de los quiteños; pero todo era envano: la opinión pública se había pronunciado, y la Divina Providencia protegía la causa de la libertad.

En 1820 ya Calsada se había retirado de Popayán á Pasto, á organizar un nuevo ejército, con los auxilios abundantes de Quito contando con la decisión de los pastusos y patianos, y con las exhortaciones del Sr. Jiménez Obispo de Popayán, que también se había retirado á Pasto.

Popayán había sido ocupado por las tropas liberales al mando del Coronel Obando.—Reunieron los realistas más de tres mil hombres, y mandadas sus divisiones por los jefes D. Nicolás López, D. Martín Bencochea, D. Francisco González, D. Basilio García, y D. Ramón Zambrano, emprendieron su marcha con el objeto de sorprender á Obando que estaba descuidado en Popayán. Todo les salió bien: el 25 de enero sin ser sentidos, por haber caminado toda la noche, al amanecer ocupó las calles de la ciudad, habiendo colocado los cuerpos

en distintas posiciones, de modo que Obando apenas pudo salvarse con parte de su tropa, porque Calsada, con anticipación había cortado las salidas de la ciudad. Con el triunfo le quedó á Calsada todos los equipajes de los jefes y oficiales liberales, mucho armamento, municiones, y un considerable número de prisioneros.—Si los vecinos de Popayán, como buenos patriotas, no hubiesen protegido la retirada de los oficiales y soldados de Obando, no habría escapado ninguno.

Temiendo Calsada que los patriotas volviesen á reunirse en el valle del Cauca, y por cumplir con las órdenes que había recibido de Samano, que le prevenía procurase posesionarse de la provincia de Antioquia, para ponerse en combinación con las tropas que habían salido de Cartagena al mando de Urdaneta. Se puso en marcha el 28 de dicho mes hasta Cartago, en donde derrotó también un cuerpo de caballería que estaba en ese lugar, en donde se situó para abrir la comunicación con Anserma que luchaba por sostener la causa del Rey, y de donde recibió un auxilio de 300 hombres armados á las órdenes de un español Muñoz. Engrosada la división de Calsada hasta 3.700 hombres, esperaba éste sólo los pertrechos y armas que le iban de Quito para emprender su marcha sobre Santafé, en donde estaba establecido el Gobierno liberal, y reunido el Congreso legislativo de aquel año, á pesar de que supo que las tropas que venían de Cartagena habían sufrido terribles reveses; pero le inspiraba confianza el estado débil é indefenso en que estaba la capital, porque todas sus tropas habían marchado con Bolívar á Venezuela contra Murillo que había empezado nueva campaña con el ejército más brillante que se había visto en América, y cuyos buenos resultados esperaba.—El Congreso de Santafé y las autoridades se disponían á abandonarla, cuando recibieron un auxilio considerable de tropas que les mandó Bolívar desde el Rosario, y como Calsada supo al mismo tiempo por avisos que recibió de Popayán, que otra división patriota se acercaba por el camino de la Plata, abandonó el valle del Cauca y se replegó á Popayán. Desde que llegó á esta ciudad se convenció de que aquel cuerpo había sido invitado por los patriotas de Popayán, y observando que de día en día se engrosaba el partido contrario, que su ejército se disminuía momentáneamente,

que aún los fieles pastusos desertaron en masa, y que una columna de 400 hombres del batallón Aragón situada en la ciudad de la Plata había sido sorprendida y batida por los patriotas, sin que sobrasen más que diez que trajeron la noticia, procedió al arresto del Gobernador Tamarís, y tomó medidas muy violentas contra personas respetables de la ciudad. A su consecuencia era preciso se le obstruyesen los recursos que podía esperar de aquellos vecinos. En tal posición recibió las noticias de que el Coronel López que mandaba la columna de Cazadores, en quien tenía toda su confianza, había sido también batida y derrotada completamente en Pitayo. Salió Calsada con una división á protegerlo, encontró en el camino á López con pocos soldados que habían podido escapar, regresó á Popayán, y en el momento dispuso la retirada para Pasto. En Pasto se propuso hacer una trinchera muy ventajosa en un punto llamado el Guavito, lo consultó á las autoridades de Pasto, quienes habían celebrado ya una junta general para decretar su deposición. En estos conflictos abandonó el mando y se dirigió á Quito, donde Aymerit lo recibió muy mal, y le dió su pasaporte para España.—Entre tanto los patriotas se reúnen en Popayán, y forman un ejército de más de tres mil hombres. En Guayaquil estalló una revolución hecha por Urdaneta y Cordero, Coronales que fueron del batallón Numancia que sirvió al Rey, y se pasó á la patria; se preparaban para salir con una expedición de 1500 hombres contra Aymerit. Este aturdido con tan malas noticias de todas partes, atendió á lo más inmediato: pidió de Pasto un auxilio, que á marchas redobladas, se puso en Quito el Coronel González con una columna de infantería y una compañía de caballería, mandada por el Coronel Payol, de quien hablaré por capítulo separado.

Urdaneta llegó á Guaranda, después de triunfar en el camino real, punto defendido por las tropas de Aymerit.—En Riobamba después de tomado el cuartel, cuya guarnición rindió las armas, se formaron dos compañías bien provistas de armas, una de caballería de 150 hombres, y otra igual de infantería que salió á reunirse en Chuquipogyo con las tropas de Guayaquil, que marcharon hasta la hacienda de Gachi situada en una llanura de las inmediaciones de Ambato. Como Urdaneta supo

que González con su columna debía tocar en aquel punto, al siguiente día, dispuso esperarlo en él, persuadido de que sería seguro el triunfo, por tener dos cañones de artillería, un escuadrón de más de 300 hombres de caballería y una infantería doble á la del enemigo. González por evitar el paso del puente de Ambato que temía tomó el camino de Isamba, en cuya quebrada y paso del río pudo ser destruído con más facilidad; pero Urdaneta lo esperaba como se ha dicho en el llano, donde tenía mal colocada la artillería y mal dispuesta la caballería, de modo que ni una ni otra pudo obrar, y á la primera carga que dió González, se declaró el triunfo en su favor, de tal suerte, que si los caballos no hubieran estado tan cansados no habría quedado quien de noticia de esta acción perdida, por la impericia del presuntuoso Urdaneta, á quien todos le decían que aquel sitio no era aparente para pelear con tropas colecticias.

Urdaneta corrió hasta Guayaquil con su compañero Cordero y oficiales, pero la tropa paró en Guaranda á insinuaciones del Coronel García, que había podido reunir alguna gente, con la que formó una pequeña columna. Sabedor González de esto, mando inmediatamente 300 hombres á Guaranda, y él con el resto de su tropa se dirigió á Riobamba, donde lo esperaba el nunca bien ponderado realista D. Martín Chiriboga americano. García luego que supo que se acercaba aquella división salió á encontrarla, y en un sitio llamado Tanisagua al verse los dos cuerpos se travó un combate tan reñido y obstinado, que pocas veces se habrá visto tanto furor: varias veces estuvo el triunfo al decidirse por García, pero se declaró al fin por el Rey, á causa de un Clérigo Benavides, que había estado emboscado con alguna gente suya, y ocupó el paso de una quebrada, por donde debían pasar precisamente los patriotas para dar la última carga á los realistas que se habían replegado ya á una pequeña altura. Como García fué uno de los primeros que pasó, quedó cortado y prisionero, y á un momento fué muerto: cortaron su cabeza y la remitieron por trofeo á Aymerit, quien la hizo colocar en una jaula de hierro en el puente de Machángara.

Como Cuenca se había pronunciado también y formado un cuerpo respetable, que había salido con dirección á Riobamba contra González, éste debilitado por la

gente que había perdido en las dos acciones, y temiendo la opinión pronunciada de los pueblos, tomó el arbitrio de buscar un comisionado que fuera á persuadir á los morlacos depusieran las armas: no hubo quien quisiera encargarse de tal comisión. Había en Riobamba un Fraile de San Francisco llamado Fray Domingo Segura, el más exaltado patriota que hasta entonces se había visto: éste fué el que se ofreció á ir con la comisión por interés de un curato que le ofreció González. Los que conocían al Fraile, creían que se había ofrecido por llevar noticias ciertas á los de su partido; mas no fué así, el Padre Segura encontró la expedición cerca de Cañar, predicó, exhortó, persuadió, atemorizó, y dijo tanto á los jefes de aquellas tropas que consiguió su disolución: depusieron las armas á consecuencia de las exageraciones del Padre sobre el superior número y calidad de las tropas del Rey, ¿y cómo dudar siquiera acerca de lo que aseguraba conocido el patriotismo y entusiasmo de este religioso? En fin González se dirigió á Cuenca y se posesionó de esa ciudad sin contradicción alguna, á esfuerzos del Padre Segura, á quien mandó inmediatamente con recomendaciones á Quito á que recibiera el premio ofrecido por tan señalado servicio. Aymerit mandó que le dieran el curato que el Padre eligiese, pero como para colacionarlo era indispensable que fuera examinado, entró al Sínodo, y salió reprobado y sin esperanza de obtener el curato: acontecimiento que llenó de placer á muchas personas.

Ofrecí destinar un capítulo separado para hablar del Coronel Payol, que quedó con un regimiento de guarnición en Riobamba. Este hombre (si se le puede dar tal nombre) hijo de las furias infernales, el más bárbaro de cuantos han nacido, superior á las fieras y monstruos del Averno, cruel, arbitrario, déspota, y horrible hasta en su figura, se propuso perseguir á los americanos, al mismo tiempo que aumentar su escuadrón con los hijos del país: empezó por hacer una requisa de caballos en toda la provincia; distribuyó su regimiento repentinamente por los pueblos y haciendas con orden de que no dejasen un sólo caballo en ninguna parte; que á la persona ó personas que reclamasen, las lanceasen en el acto, que si encontrasen montada alguna persona lanceasen al jinete para que el caballo no tuviera dueño: que

en las haciendas colgasen de los pies á los sirvientes y les dieran látigo hasta que entregaran el último caballo, y que si en estas correrías encontraban alguno que manifestase ser insurgente, lo matasen también. Todo se cumplió exactamente, y á este pretexto se cometieron asesinatos, robos, estupros, forzaban á las mujeres casadas á presencia de sus maridos que eran lanceados después de presenciar su deshonra; en fin no hubo crimen que no se cometiese por aquella tropa autorizada y sin freno. En seguida quiso su señoría aumentar su regimiento á 800 plazas: en los mismos términos se hizo una recluta sin excepción de viejos, niños, casados, é imposibilitados, que fueron amarrados y conducidos al cuartel, hasta mujeres, entre tanto parecían sus maridos ó hijos, ó daban un hombre á cambio de la libertad. Todos fueron enrolados á las filas para ser víctimas de la ferocidad de este español que se complacía al ver correr la sangre americana: si alguno no podía aprender el ejercicio difícil de caballería era bañado al momento, esto es, atado á un pilar y muerto á pequeñas lanzadas dadas por cada uno de los soldados, con prevención de que ninguno hiriese en la parte herida, ni introdujese la lanza más de un dedo de profundidad. Si alguno tenía la desgracia de que hubiese desertado, el soldado que seguía en número á éste se le daba baño en público colgándole en las ventanas de hierro de las casas de Santo Domingo donde tenía su cuartel. En suma, á varios infelices porque reclamaron sus caballos, suplicando su devolución por no tener otro patrimonio para su subsistencia, tuvo la inhumanidad de hacerlos enterrar dejándoles la cabeza afuera, y hacerlo que pasara por encima la caballería tantas veces cuantas eran necesarias, hasta que la cabeza desaparezca, y que no queden señales de la víctima. Cada soldado tenía tres caballos á su cuidado, y si alguno se dejaba arrastrar al conducirlos á beber, si caía estando montado, ó si descuidaba en su alimento, sufría precisamente quinientos palos, con los que no hubo ejemplar de que viviera ninguno. En fin, más gente mató Payol el tiempo que estuvo en Riobamba de guarnición, que murió en las dos acciones referidas. Tuve la desgracia de ser testigo ocular de todos estos excesos, y escapé también de ser una de las víctimas de este malvado.

Como á patriota ó insurgente, se me había impuesto la obligación de presentarme dos veces al día al Jefe de Estado Mayor, que vivía en casa de D. Martín Chiriboga, y tenía que pasar precisamente por el cuartel: iba acompañado de un amigo, el Sr. Juan Basave que encontré al salir de la casa en que vivía, y al acercarnos al cuartel oímos alaridos que llamaron nuestra atención, y como era natural inadvertidamente volvimos la cara á sus puertas que estaban cerradas; Payol había estado al frente, y nos vió por la rehendija de dos tablas mal unidas, en el acto destacó dos soldados para que nos lancearan, corrimos hasta meternos en la iglesia de Santo Domingo que estaba cerca, pero como los soldados, lanza en ristre, no dejaban de perseguirnos, buscamos asilo en la sacristía, y por la puerta falsa de aquel convento, que por fortuna encontramos abierta, pasamos á casa de D. Francisco Chiriboga, hasta meternos en el cuarto de Aymerit que estaba alojado en élla: nuestra entrada con violencia asustó á este Sr., quien contuvo á los soldados que nos siguieron hasta aquellos umbrales.

Volvamos á los acontecimientos del Norte, correspondientes á este año, por la relación que tienen con los nuestros.

Quedamos en que Calsada había sido separado del mando de las tropas que estaban en Pasto, y que los patriotas estaban organizando una nueva expedición en Popayán. En reemplazo de Calsada fué nombrado el Coronel D. Basilio García, quien tampoco perdió tiempo en prevenirse para recibir la nueva invasión, en cuyos preparativos se acabó el año de 820, y á principios del de 821 salió de Pasto á atrincherarse en la quebrada de Jenoy, sabiendo que la división liberal al mando del General Valdés había salido de Popayán.

En 2 de febrero de 821 se avistaron en el mencionado punto, y á pesar de los esfuerzos que hizo Valdés, fué derrotado completamente, dejando en poder del enemigo la mayor parte de su armamento, y un número muy considerable de prisioneros. El mismo Valdés no habría escapado si García que personalmente perseguía la derrota no hubiera sido contenido por los comisionados Moles y Morales, mandados el primero por Morillo, y el segundo por Bolívar con el armisticio que habían celebrado en Santa Ana, con cuyo motivo quedó Popayán



por los patriotas, y García regresó á Pasto, dejando sus avanzadas en todo Patía. León Torres, uno de los jefes liberales, suponiendo que aquella pérdida la había causado la impericia de Valdés, reunió á los derrotados de Jenoy y algunos voluntarios de Popayán, y emprendió en una nueva invasión, pero estuvo más desgraciado que Valdés; á dos jornadas de Popayán se estrelló con un grueso destacamento de realistas, y fué batido y perseguido hasta las inmediaciones de Popayán. Salió en su ayuda el Coronel Infante (Negro) con 80 caballos y fué también envuelto en aquella derrota, prisionero y fusilado en Pasto, en unión de varios jefes, oficiales y soldados de la patria. Con este motivo volvieron á romperse las hostilidades en el Sur. Morales fué á Guayaquil á reunirse con el General Sucre, que había ido á formalizar nueva expedición contra los realistas de Quito, y Morales se quedó levantando un cuerpo de caballería para marchar con Aymerit y sus tropas á Riobamba con el fin de contener la salida de los de Guayaquil.

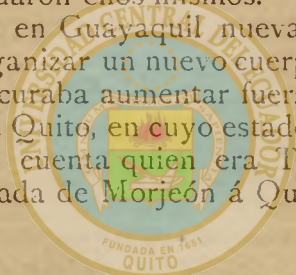
El General Sucre había organizado un cuerpo respetable, pero tuvo la debilidad de contar con D. Nicolás López, que había servido al Rey, y estaba en clase de prisionero, quien tuvo la habilidad de engañar al General Sucre fingiendo adhesión á la causa de la libertad. Este mal americano fué encargado de salir á la vanguardia con una división; pero tan luego como llegó á la Bodega de Babahoyo, sedujo á la tropa, y se pasó á Aymerit, quien lo recibió con las demostraciones más grandes de júbilo y gratitud: le dió el grado de Coronel, y lo puso á la cabeza de la infantería. Este desgraciado suceso hizo que se difiriese la expedición, y que Aymerit proyectase invadir á Guayaquil; para esto dió orden al Coronel Nicolás González que había alistado mil hombres en Cuenca, que entrase por el lado de Yaguachi, y Aymerit se dirigió por Guaranda. El General Sucre, temiendo que estos dos cuerpos reunidos triunfasen sobre Guayaquil, se adelantó á Yaguachi, batió la división de González, y regresó á buscar á Aymerit en Babahoyo. Aymerit se vió en la necesidad de retroceder precipitadamente. Sucre lo siguió hasta la Sabaneta, y aún hizo que algunas partidas de guerrilla lo persigan por todo el monte del camino real: pero todo fué inútil, porque Aymerit salvó su división, con la que llegó á Riobamba con áni-

mo de hacer allí su cuartel general. Sucre, para aprovechar de aquellas ventajas, salió inmediatamente con su ejército, llegó á Guaranda, y sabiendo que las tropas realistas se conservaban en Riobamba dispuso ganarle la delantera para Quito, y tomó el camino que llaman del Arenal por tras Chimborazo, con el fin de ponerse en comunicación y aún reunirse con otra división que había mandado por el camino de Angamarca con el General Illingrod á situarse á la inmediación de Quito para que interceptara la comunicación, y que recibiese los auxilios de los patriotas de la Capital, y aumentase su cuerpo con la gente adicta que quisiese pasarse. No sé si me atreva á decir que fué muy mal combinado este plan por los resultados, y por lo que enseña la razón natural; creo habría sido mejor poner á las tropas de Aymerit al medio y evitar un combate, hasta ponerse de acuerdo con Illingrod, aprovechando de la decidida opinión de los pueblos. Aymerit fué avisado de este movimiento, y en el acto levantó el campo para Quito, y en el mismo Guachi casi improvisamente el 12 de setiembre se avistaron los dos cuerpos. Los patriotas que deseaban vengar la sangre americana derramada en el mismo lugar, no esperaron ni orden del Jefe para atacar. Aymerit parapetándose en unas zanjas pudo resistir las cargas repetidas de sus contrarios, hasta que la caballería española, abundante, bien montada, y equipada decidió en su favor la acción, que fué una de las más sangrientas que se ha visto en América. Sucre con algunos jefes y oficiales pudo salvarse, pero quedaron prisioneros el General Mires, muchos jefes y oficiales, y más de 600 soldados, después de quedar el campo cubierto de cadáveres, y entre ellos Payol, á quien mataron sus mismos soldados según se supo después. Illingrod tuvo que retirarse por donde había venido, pasando por el sentimiento de no haber ni visto al enemigo con su tropa, y dejando comprometidos varios ciudadanos, que sin rebozo prestaron servicios y auxilios á su división.

Triunfante Aymerit regresó á Quito, mandando con Tolrá una división que persiguiese la derrota hasta Bahahoyo: él se decidió á no hacerlo personalmente porque necesitaba estar en la capital para tratar asuntos de mayor entidad. Había llegado la noticia que en España se había vuelto á jurar la Constitución, que el Rey no pu-

diendo resistir á la voluntad general se había sometido á ella, y que había llegado á Panamá el General D. Juan de la Cruz Morjeón nombrado Virrey de Santafé, por las autoridades constitucionales, y que este Sr. se dirigía á Quito á hacerse cargo de la Presidencia. Como Aymerit y la mayor parte de su oficialidad eran enemigos de la Constitución, no sabía qué partido tomar, entre la necesidad de obedecer y dejar el mando, ú oponerse á la Presidencia de Morjeón: alternativa que puso en conflictos á Aymerit y á los jefes militares, acostumbrados ya á disponer de las vidas y haciendas de los americanos, sobre que diré que en cada acción, en cada triunfo que alcanzaban los realistas, sus facultades se extendías más y más, de modo que el país estaba en un estado de hostilidad y despecho, que hubo hombres que por no caer en sus manos se suicidaron ellos mismos.

Sucre puesto en Guayaquil nuevamente empezó á trabajar para reorganizar un nuevo cuerpo, y entre tanto en Popayán se procuraba aumentar fuerzas que cooperasen á la libertad de Quito, en cuyo estado dejaremos á los patriotas, para dar cuenta quien era Tolrá, y de lo que sucedió con la llegada de Morjeón á Quito.



Continuará.  
ÁREA HISTÓRICA  
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL